

Sección a cargo de Guillermo Fernández

Luigi Pirandello *Primera noche*



Cuatro blusas,
cuatro sábanas,
cuatro faldas,
cuatro, en fin, de todo. Y no se cansaba de mostrar a las vecinas aquel ajuar de la hija, hecho hilo tras hilo, hoy un hilo, mañana otro, con la paciencia de una araña.

—Ropa de pobres, pero limpia.

Con sus pobres manos pálidas y rasposas, acostumbradas a hacer cualquier trabajo pesado, sacaba del viejo baúl de abeto —tan largo y angosto que parecía un féretro—, despacio, despacio, como si tocara la hostia consagrada, la bella blanquería, prenda tras prenda; igualmente los vestidos, los dobles chales de lana: el de la boda tenía las puntas recamadas y los bordes de seda; los otros tres también eran de lana, pero más modestos. Ponía todo aquello sobre la cama, repitiendo, humilde y risueña:

—Ropa de pobrecitos... —y la dicha le temblaba en las manos y en la voz.

—Me quedé sola, sola —decía—. Todo con estas manos, que ya ni siento. Lavando ropa ajena en el río o en el manantial, soportando la lluvia o los rayos del sol; pelando almendras, recogiendo aceituna, aquí y allá, en los campos; trabajando de sirvienta y de aguadora... No me importa. Dios, que ha contado mis lágrimas y conoce mi vida, me ha dado fuerza y salud. He trabajado tanto, que me he salido con la mía; y ahora puedo morir. Si el pobre hombre que me espera en el más allá, pregunta por nuestra hija, podré decirle: “No te preocupes, pobrecito; tranquilo, no te preocupes. He dejado bien a tu hija, no tendrá dificultades. Todas las padecí por ella”. Lloro de alegría, no vayan a pensar que...

Y Mamá Antó se enjugaba las lágrimas con las puntas de la pañoleta negra, anudada en el mentón.

Hubiérase dicho que ese día era otra, así, estrenando ropa y zapatos, y resultaba curioso oírle hablar como siempre.

Las vecinas la elogiaban y compadecían. Pero la hija, Marastella —ya vestida de novia con el vestido gris de raso (¡muy galano!) y la pañoleta de seda azul al cuello, en un rincón de aquel cuartito, adornado lo mejor posible por el acontecimiento de ese día—, al ver llorar a la madre, también prorrumpió en llanto.

—Maraste, Maraste, ¿qué tienes?

Las vecinas la rodearon, presurosas, diciéndole:

—¡Ponte alegre! ¡Oh! ¿Qué tienes? Hoy no se llora... ¿Sabes qué se dice? Cien liras de melancolía no pagan la deuda de cinco centavos.

—Pienso en mi padre —dijo entonces Marastella, cubriéndose la cara con las manos.

Muerto siete años antes, una muerte terrible. Aduanero del puerto, solía ir a bordo de una lancha, en labores de inspección. Una noche de tempestad, al bordear cerca de las Dos Riberas, la lancha se volcó y desapareció, con sus tres tripulantes.

En la memoria de toda aquella gente aún estaba vivo el recuerdo de dicho naufragio. Y recordaban que Marastella —que había acudido con la madre, las dos gritando, con los brazos en alto, entre el viento y las salpicaduras de las olas que se estrellaban contra la escollera del nuevo puerto, al final del cual yacían los cadáveres de los tres ahogados, recuperados tras dos jornadas de búsqueda continua—, en lugar de arrodillarse junto al cadáver del padre, se había quedado como petrificada ante otro cadáver, murmurando, con las manos cruzadas sobre el pecho:

—¡Ay! ¡Amor mío! ¡Amor mío! Ay, mira nada más...

Mamá Antó, los padres del joven ahogado y las demás personas allí presentes, no habían olvidado aquella inesperada revelación. Y la madre del ahogado —que se llamaba Tino Sparti, un verdadero joven de oro, ¡pobrecito!—, al oírle gritar de tal modo, le echó los brazos al cuello y la apretó contra su pecho, fuerte, fuerte, en presencia de todos, como para hacerla suya, suya y de él, del hijo muerto, llamándola a gritos:

—¡Hija! ¡Hija!

Por tal motivo ahora las vecinas, al oír decir a Marastella: “Pienso en mi padre”, intercambiaron una mirada de inteligencia, compadeciéndola en silencio. No; no lloraba por el padre la pobre muchacha. O tal vez sí, al pensar que el padre, de estar vivo, habría aceptado a ese novio, que a la madre, por haber quedado en tan miserables condiciones, le parecía ahora un buen partido.

¡Lo que le costó a Mamá Antó convencer a la hija obstinada!

Guillermo Fernández. Poeta y traductor. Es autor de, entre otros títulos, *La palabra a solas*, *La hora y el sitio* y *Bajo llave*. Ha traducido más de 50 libros del italiano, sobre todo en poesía.

—Mira: yo ya estoy vieja; más cerca de allá que de acá. ¿Qué esperas? ¿Qué vas a hacer el día de mañana, sola, sin ayuda, en medio de la calle?

Sí; la madre tenía razón. Pero Marastella, por su parte, consideraba otras cosas. Buen hombre, sí —no podía negarlo—, don Lisi Chirico, el que le querían dar por marido; pero ya viejo y, para colmo, viudo. El pobrecito volvía a casarse, más por fuerza que por amor, tras casi un año de viudez, porque necesitaba a una mujer allá arriba, que limpiara la casa y cocinara por las noches. Por esto se casaba.

—¿Y qué importancia tiene? —le había respondido la madre—. Es más, esto debe inspirarte confianza: él piensa como un hombre sensato. ¿Viejo? Pero si ni siquiera ha cumplido cuarenta años. Ya nada va a faltarte con él: tiene un buen empleo, un buen sueldo. Cinco liras al día: ¡una fortuna!

—¡Ah, sí, qué bonito empleo! ¡Pero qué bonito empleo!

Ese era el verdadero escollo. Mamá Antó lo había visto desde el principio: la clase de trabajo de Chirico.

Y un bello día de mayo invitó a la hija, a la pobre hija y a algunas vecinas a una excursión campestre, allá arriba, en la meseta, desde la cual podía verse bien el pueblo.

Don Lisi Chirico —desde el cancel del pequeño y blanco cementerio, con el mar al frente y el campo detrás—, al ver la comitiva de las mujeres, las invitó a entrar.

—¿Ya viste? ¿Qué te pareció? Con tantas flores, parece un jardín —le dijo Mamá Antó a Marastella, después de visitar el camposanto—. Flores que nunca se marchitan. Y alrededor el campo. Con sólo asomarte un poco, desde el cancel, puedes ver el pueblo a tus pies, oír sus rumores, sus voces... ¿Ya viste qué lindo cuartito blanco, limpio, ventilado? En la noche cierras la ventana, enciendes la luz y estás en tu casa: una casa como cualquier otra. ¿Qué te parece?

Y las vecinas, por su parte:

—Le gustó. Todo es cosa de acostumbrarse, ya verás. Después de un par de días, ya no te asustará. Además, los muertos, hija mía, no hacen ningún mal: de los vivos tienes que cuidarte.



Y a ti, que eres más joven que nosotras, vendremos a visitarte, ora una, ora otra. Es como una casa muy grande, y tú serás la patrona y buena guardiana.

Esa visita a la meseta, aquel bello día de mayo, había quedado en el ánimo de Marastella como una visión consoladora durante los once meses del noviazgo; la rememoraba en las horas de desconsuelo, sobre todo cuando el alma se le oscurecía y temblaba de miedo.

Aún estaba Marastella enjugándose las lágrimas, cuando don Lisi Chirico se presentó a la puerta, con dos cucuruchos en los brazos, punto menos que irreconocible.

—¡Virgen santa! —gritó Mamá Antó—. ¿Qué ha hecho usted, santo cristiano?

—¿Yo? ¡Ah, sí...! La barba... —respondió don Lisi, con una miserable sonrisa que le temblaba en los gruesos y lívidos labios.

Pero no sólo se había rasurado don Lisi, sino también se había tasajeado toda la cara, debido a la rispidez de su barba en las mejillas arrugadas; de modo que ahora tenía un aspecto de chivo desollado.

—Yo, yo le pedí que se rasurara —se apresuró a intervenir, acalorada, doña Nela, la hermana del novio, una mujer impetuosa y gorda.

Bajo el chal llevaba algunas botellas, y, al entrar, todos tuvieron la impresión de que ella se bastaba para ocupar todo el espacio de aquel cuartito, a causa de aquel vestido de seda verde chicharo, que hacía más ruido que una catarata.

La seguía el marido, flaco como don Lisi, taciturno y amoscado.

—¿Hice mal? —prosiguió doña Nela, liberándose del chal.

—La novia lo dirá. ¿Dónde está? Mira, Lisi: ¡te lo dije! Lloro... Tienes razón, hija mía. Nos tardamos mucho. La culpa es de Lisi: ¿Me rasuro? Dos horas tardó para decidirse. Pero dime, ¿no te parece más joven así? Cómo iba a venir con aquellos pelos blancos, el día de la boda...

—Me la dejaré crecer otra vez —dijo Lisi, interrumpiendo a la hermana y mirando con tristeza a la novia—. Estoy igual de viejo y, para colmo, más feo.

—El hombre es hombre, burrote; ¡el hombre no es ni bonito ni feo! —sentenció entonces la hermana, encolerizada—. Mírate bien: ¡con el traje nuevo! Estrenándolo ahora... ¡Lástima!

Y comenzó a darle de manazos sobre las mangas, para sacudirle el polvo de los pasteles que aún sostenía en los dos cucuruchos.

Se hacía tarde; debían ir antes al Palacio Municipal, donde ya los esperaba el juez; luego a la iglesia. La fiesta debía terminar antes de atardecer. Don Lisi, muy celoso de su oficio, así lo esperaba, apremiado especialmente por su intrigante y ruidosa hermana, que no dejaba de mencionar lo que duraría el banquete y las consabidas libaciones.

—¡Necesitamos música! ¿Cuándo ha faltado la música en una boda? ¡Debemos bailar! Que alguien vaya a llamar a Sidoró el ciego... ¡Guitarras y mandolinas!

Escandalizaba tanto, que el hermano tuvo que llevarla aparte.

—¡Cállate, Nela, cállate! Deberías entender que no quiero nada de escándalo.

La hermana lo miró con ojos desmesuradamente abiertos.

dentro de ella un vacío delicioso, como de sueño; oyó un lejano y tembloroso campanileo de grillos, percibió una fresca y embriagadora fragancia de flores. Apartó de sus ojos las manos: vio en el cementerio una claridad más intensa que la del alba, que parecía hechizar todas las cosas, una claridad inmóvil y precisa.

Don Lisi acudió para cerrar la puerta. Pero Marastella, de inmediato, temblorosa y escondiéndose entre la hoja de la puerta y la pared, le gritó:

—¡No me toque, por caridad!

Don Lisi se detuvo, lastimado por aquel instintivo movimiento de horror.

—No quería tocarte —le dijo—. Sólo quería cerrar la puerta.

—¡No, no! —prosiguió Marastella, para alejarlo—. Déjela abierta. ¡No tengo miedo!

—¿Y entonces...? —balbuceó don Lisi, desconcertado.

En todo aquel silencio, a través de la puerta entornada, llegó el canto de un labriego despreocupado, que regresaba de algún campo de labranza, a la luz de la luna y entre la brisa impregnada por el olor del heno verde, segado poco antes.

—Si me permites pasar —continuó don Lisi, herido, profundamente amargado—, voy a cerrar el cancel, que se quedó abierto.

Marastella no se movió de aquel rincón. Lisi Chirico fue a cerrar el cancel, paso a paso; cuando estaba a punto de entrar otra vez, la vio salir a su encuentro, como enloquecida de repente.

—¿Dónde está, dónde está mi padre? ¡Digamelo! Quiero ir adonde está mi padre.

—Claro que sí, ¿por qué no? Es justo. Vamos, yo te llevo —le respondió oscuramente—. Todas las noches hago la ronda antes de acostarme. Es mi obligación. Esta noche no pensaba hacerla, por ti. Vamos. No necesitamos la linterna. Tenemos la linterna del cielo.

Y se fueron caminando por las veredas cubiertas de grava, entre los setos de espliego en flor.

Alrededor destacaban, blancas a la luz de la luna, las tumbas señoriales, que proyectaban sombras muy negras sobre las cruces de hierro de los pobres.

De los campos cercanos llegaba, con mayor claridad, el tembloroso canto de los grillos y, de más lejos, el rumor entrecortado del mar.

—Aquí —dijo Lisi, indicando una pequeña y rústica tumba, con una lápida que conmemoraba el naufragio de las tres víctimas muertas en el cumplimiento de su deber—. Aquí yace también Tino Sparti —añadió, al ver cómo caía de rodillas Marastella ante la tumba, sollozando—. Lloro tú aquí... Yo iré más adelante; no está lejos...

La luna contemplaba desde el cielo el pequeño camposanto en aquella meseta. En esa dulce noche de abril, sólo ella vio aquellas dos sombras negras sobre la grava de una vereda junto a dos tumbas.

Don Lisi sollozaba, inclinado sobre la fosa de su primera mujer.

—Nunzia, Nunzia, ¿me oyes? Δ



